

## San Basilio Magno: *A los jóvenes, cómo sacar provecho de la literatura griega*

I. Muchos son los motivos que me incitan, hijos míos, a aconsejaros lo que juzgo que es lo mejor y lo que os será útil a la hora de escoger: es la confianza que tengo. Pues la edad en la que estoy, el haberme ya puesto a prueba en muchos menesteres y, además, haber sido partícipe de bastantes vicisitudes de uno y otro signo, de las que tanto se aprende, todo esto me ha dado la suficiente experiencia de las cosas humanas como para poder mostrarles, a quienes acaban de instalarse en la vida, el más seguro, diríamos, de los caminos. Y por el vínculo natural coincide que para vosotros me encuentro justo después de vuestros progenitores, de tal modo que el cariño que yo os dispense no es en nada menor que el de vuestros padres; en cuanto a vosotros, si no me engaña la opinión que me merecéis, no creo que, prestándome atención, echéis de menos a quienes os procrearon. Así pues, si aceptáis de buena gana mis palabras, seréis de la segunda clase de los que son elogiados en Hesíodo; pero si no, no sería yo el que os dijera nada que os molestase: acordaos vosotros mismos de sus versos, a saber, esos en los que afirma que el mejor es quien por sí mismo comprende lo que debe; que es también bueno aquel que sigue las indicaciones de los otros; pero que el que no es capaz ni de lo uno ni de lo otro es un inepto para todo. Y no os asombréis de que a vosotros, que acudís cada día a la casa del maestro y os relacionáis con los hombres ilustres de la antigüedad gracias a lo que han dejado escrito, os asegure que por mí mismo he descubierto en ellos alguna que otra cosa de bastante provecho. Así que esto es lo que vengo a aconsejaros: que no debéis seguir sin más a estos hombres allí adonde os guíen, como confiándoles el timón de la nave de vuestro discernimiento, sino que, aceptando cuanto de ellos es útil, sepáis también qué es preciso descartar. Pues bien, qué es lo que escogeremos y con qué criterio, esto es precisamente lo que, tomando desde aquí el hilo, voy a explicaros.

II. Nosotros, hijos míos, sostenemos que esta vida humana no vale absolutamente nada y de ningún modo consideramos ni calificamos de «bueno» nada que nos reporte la plena satisfacción pero sólo restringida a aquella. Pues ni antepasados ilustres, ni fuerza física, ni belleza, ni estatura, ni los honores del mundo entero, ni la realeza misma, ni cualquier otra cosa humana que pudiera mencionarse la juzgamos importante, y ni siquiera deseable; ni tampoco nos fijamos en quienes las tienen, sino que en nuestras esperanzas vamos más lejos y todo lo hacemos en preparación de la otra vida. Así, lo que contribuya a que la alcancemos, decimos que hay que quererlo y perseguirlo con todas nuestras fuerzas y lo que no se dirija a ella descartarlo como algo sin valor. Qué vida es esa, en efecto, y cómo y de qué forma la viviremos es cuestión demasiado prolija como para abordarla en el presente intento y propia, para escucharla, de oyentes mayores de lo que sois vosotros. Lo cierto es que quizá os lo expondría con suficiente claridad sólo con deciros que si uno con el pensamiento reúne a la vez y agrupa en conjunto toda la felicidad desde que existen seres humanos, no la encontrará equivalente ni siquiera a la parte más pequeña de aquellos bienes, sino que la totalidad de las lindezas de aquí por su valor se queda más lejos del más minúsculo de aquellos de lo que la sombra y el sueño lo están de la realidad. Es más, para servirme de un ejemplo más apropiado, tanto cuanto el alma es en todo más preciada que el cuerpo, tan grande es la diferencia entre una y otra vida.

A ella nos conducen, sí, las Sagradas Escrituras, que nos instruyen por medio de los misterios. Ahora bien, mientras por razón de la edad no es posible percibir la profundidad de sus designios, nos vamos previamente ejercitando, entretanto, con el ojo del alma en

otros escritos no del todo distintos, algo así como en sombras y espejos, a imitación de los que se entrenan en maniobras militares: estos, tras haber adquirido la experiencia con los movimientos de brazos y con los saltos, en los combates se aprovechan de la ventaja que sacan de esa instrucción. Y el caso es que, como necesariamente debemos creer que la competición que tenemos delante es la mayor de todas, por ella hemos de hacer cualquier cosa y esforzarnos todo lo posible en prepararla y en familiarizarnos con poetas, prosistas, oradores y con todos los demás de los que venga a obtenerse alguna utilidad para el cuidado del alma. Pues bien, igual que los tintoreros preparan de antemano con ciertos tratamientos la pieza que vaya a recibir el baño de tinte, y así luego le añaden la coloración, sea púrpura o cualquier otra, de ese mismo modo también nosotros, si se pretende que la doctrina del bien se nos quede imborrable, nos iniciaremos ya en lo profano para, luego, percibir los misterios de las sagradas enseñanzas. Y una vez que estemos acostumbrados a ver, como si dijéramos, el sol reflejado en el agua, dirigiremos así nuestra mirada a la luz misma.

IV. Y en efecto, si hay una cierta afinidad recíproca entre los escritos, su conocimiento podría sernos de interés; y si no, al menos el hecho de reconocer sus diferencias al confrontarlos será no poca cosa para confirmar cuál es mejor. Sin embargo, ¿con qué podrías comparar cada una de las dos enseñanzas para hallar un símil adecuado? Que sea este: tal como la virtud propia de la planta es cubrirse con los brotes de su fruto en sazón y produce también, como un adorno, las hojas que se agitan entre sus ramas; igualmente, para el alma, su fruto primordial es la verdad, pero no está mal que quede revestida de esa sabiduría ajena como de hojas, que al fruto le ofrecen abrigo y un aspecto jugoso. Mirad, se cuenta que el gran Moisés, cuya fama de sabio entre todos los hombres es enorme, ejercitó también su inteligencia con las enseñanzas de los egipcios y así avanzó hasta la contemplación del Ser. Y de forma similar a este, pero en época posterior, el sabio Daniel dicen que, después de aprender en Babilonia la sabiduría de los caldeos, se aplicó luego a las enseñanzas divinas.

IV. Pero que no son algo inútil para las almas estas enseñanzas profanas, esto ya se ha comentado suficientemente. Ahora bien, cómo debéis echar mano de ellas es lo que a continuación podría explicarse...

X. Pero todo esto, de un modo u otro, lo aprenderemos más perfectamente en nuestros escritos. Por ahora, nos limitaremos a delinear como un bosquejo de virtud a partir de las enseñanzas profanas. Pues a quienes cuidadosamente recogen y concentran el provecho que les viene de cada sitio, de suyo les surgen, como en los grandes ríos, muchos añadidos de muchas partes. Y es que también eso de «ir poniendo poco sobre poco» convenía entender que, para el poeta, está correctamente aplicado no tanto a la acumulación de dinero como a cualquier ciencia. En efecto, Bías, cuando su hijo zarpaba para tierra egipcia y le preguntó qué hacer para dejarlo lo más contento posible, le respondió: «Procurarte un viático para la vejez», llamando «viático» a la virtud y circunscribiéndola a límites exiguos, pues lo cierto es que el provecho que de ella se saca lo limitaba a la vida humana. Yo, desde luego, aunque me hablen de la vejez de Titono o la de Argantonio o la de nuestro longevísimo Matusalén, que se dice que vivió novecientos setenta años, y aunque cuente hacia detrás todo el tiempo desde que existen seres humanos, me reiré como de una ocurrencia de niños, mientras miro a la eternidad, larga y sin vejez, de la que se le suponga un término al alma inmortal. Para esa eternidad precisamente os exhortaría yo a procuraros el viático, «removiendo toda piedra», como dice el refrán, de donde se os vaya a originar algún provecho para su consecución.

Y no porque la cosa sea difícil y haya que fatigarse, no por eso vayamos a arredramos, sino que, acordándonos de quien nos exhorta a que cada uno, por sí mismo, debe elegir la vida más excelente y aguardar a que, con la costumbre, se vaya haciendo grata, pongámonos así manos a la obra en lo mejor. Y es que sería vergonzoso dejar escapar el momento presente y más tarde, antes o después, llamar entre gritos y lamentos al pasado, cuando ya de nada nos sirva afligimos.

Pues bien, lo que yo juzgo que es lo más acertado es lo que en parte ahora os he dicho y en parte os iré aconsejando a lo largo de toda la vida. Y vosotros, como son tres los tipos de dolencias, no queráis pareceros a los incurables y no hagáis que la enfermedad del entendimiento resulte muy similar a la de los que sufren un mal físico.

Y es que quienes padecen un achaque leve, acuden por sí mismos al médico; los aquejados de una dolencia mayor, llaman a quienes puedan curarlos a domicilio; pero los que han caído en un estado morbosamente totalmente incurable ni siquiera asienten en que los asistan. Que esto no os pase ahora a vosotros por rehuir a quienes tienen un recto modo de razonar.

(Traducción de Francisco Antonio García Romero)